

LAS POSVIDAS DE UN GANADO CRIOLLO: MEMORIA Y PATRIMONIO MULTIESPECIE EN EL SUR DE BRASIL

JEAN SEGATA

Universidade Federal de Rio Grande do Sul (UFRGS)
Consejo Nacional de Desenvolvimento Científico e Tecnológico (CNPq)

Brasil

Universidade Ca' Foscari de Venezia (UNIVE)

Italia

MARIA CRISTINA YUNES

Universidade Ca' Foscari de Venezia (UNIVE),

Italia

Aceptado para publicación el 16 de mayo de 2026

Resumen

El artículo investiga las posvidas del ganado de la raza *crioula lageana* en el sur de Brasil y propone pensar la memoria como una persistencia relacional multiespecie y no como una mera narrativa humana sobre los animales. Con base en una etnografía interdisciplinaria y multisituada, realizada conjuntamente por una antropóloga y una etóloga, describimos cómo la posvida del ganado se materializa, entre otros dispositivos, en el trabajo artístico que transforma cráneos de vacas y toros en piezas que prolongan presencias y responsabilidades. A partir de este caso proponemos articular memoria y patrimonio multiespecie como una herramienta analítica y política para comprender lo que se pierde cuando las razas locales se vuelven inviables, incluso cuando su material genético es preservado *ex situ*. Sostenemos que la memoria y el patrimonio no pueden reducirse a narrativas humanas, recursos genéticos o tradiciones congeladas, sino que remiten a colectivos en transformación compuestos por territorios, saberes, paisajes y condiciones institucionales que hacen posible la continuidad de mundos compartidos.

Palabras clave: raza *crioula lageana*, memoria multiespecie, patrimonio multiespecie, Brasil.



THE CRIOLLO CATTLE AFTERLIVES: MULTISPECIES MEMORIES AND HERITAGE IN SOUTHERN BRAZIL

Abstract

This article examines the afterlives of *crioula lageana* breed in southern Brazil and proposes understanding memory as a multispecies relational persistence rather than as a merely human narrative about animals. Based on interdisciplinary and multisited ethnography conducted jointly by an anthropologist and an ethologist we describe how cattle afterlives materialize, among other devices through artistic practices that transform the skulls of cows and bulls into pieces that extend presences and responsibilities. Drawing on this case we propose articulating multispecies memory and multispecies heritage as an analytical and political tool to understand what is lost when local breeds become unviable, even when their genetic material is preserved *ex situ*. We argue that memory and heritage cannot be reduced to human narratives, genetic resources, or frozen traditions but instead refer to collectives in transformation composed of territories, knowledges, landscapes, and institutional conditions that make the continuity of shared worlds possible.

Keywords: *criolla lageana* cattle, multispecies memory, multispecies heritage, Brazil.

AS PÓS-VIDAS DE UM GADO CRIOULO: MEMÓRIAS E PATRIMÔNIO MULTIESPÉCIE NO SUL DO BRASIL

Resumo

O artigo investiga as pós-vidas do gado da raça *crioula lageana* no sul do Brasil e propõe pensar a memória como persistência relacional multiespécie e não como mera narrativa humana sobre os animais. Com base em etnografia interdisciplinar e multissituada, conduzida conjuntamente por uma antropóloga e uma etóloga, descrevemos como a pós-vida do gado se materializa, entre outros dispositivos, no trabalho artístico que transforma crânios de vacas e touros em peças que prolongam presenças e responsabilidades. A partir desse caso propomos articular memória multiespécie e patrimônio multiespécie como ferramenta analítica e política para compreender o que se perde quando raças locais se tornam inviáveis, mesmo quando seu material genético é preservado *ex situ*. Sustentamos que memória e patrimônio não podem ser reduzidos a narrativas humanas, recursos genéticos ou tradições congeladas mas remetem a coletivos em transformação compostos



por territórios, saberes, paisagens e condições institucionais que tornam possível a continuidade de mundos compartilhados.

Palavras-chave: raça crioula lageana, memória multiespécie, patrimônio multiespécie, Brasil.

Una etnografía criolla

¿Qué queda de un animal después de su muerte? En contextos pecuarios, esta pregunta tiende a cerrarse rápidamente en las evidencias del sacrificio y de la transformación del animal en mercancía de consumo. En este registro, la muerte decreta el fin del animal y concentra la mirada crítica en sensibilidades, debates y disputas morales ya ampliamente conocidos en el activismo, la opinión pública y los circuitos académicos de los *Human-Animal Studies*.

Sin embargo, en experiencias de crianza fuera del régimen industrial, especialmente en explotaciones de ganadería tradicional extensiva, esa misma pregunta puede conducir a otro recorrido. La pregunta pasa entonces a involucrar materialidades corporales, prácticas, narrativas, paisajes y vínculos que siguen produciendo presencias post-vida. Pensar la vida animal después de la muerte no constituye un ejercicio inédito en ciertos contextos, sobre todo en las relaciones con animales de compañía, donde memoriales, rituales y cementerios para mascotas se han multiplicado en las últimas décadas. Lo que queda poco explorado, no obstante, es cómo las experiencias posvidas se configuran en contextos en los que los animales son, ante todo, criados con fines productivos. En propiedades donde el ganado bovino convive cotidianamente con sus criadores, con otros animales domésticos y con ambientes que participan activamente en la producción de la vida social, la persistencia posvidas resulta de relaciones reiteradas, modos de cuidado, prácticas de trabajo y una convivencia prolongada que involucra a humanos, animales y paisajes en un proceso compartido. En estos contextos, la vida del ganado no se cierra en el individuo aislado, sino que se constituye en un tejido relacional más amplio, en el cual los vínculos siguen operando incluso después de la muerte. Es a este conjunto de continuidades, producido en la convivencia entre especies, ambientes, técnicas y modos de vida, a lo que llamamos aquí *memorias multiespecie*.

Las nociones de memoria y patrimonio multiespecie que movilizamos dialogan con debates recientes sobre memoria ambiental y memoria climática, pero desplazan el foco hacia las relaciones cotidianas entre humanos y animales domésticos. En lugar de tratar a los animales como simples soportes simbólicos de la memoria humana, proponemos pensar la memoria como algo producido con ellos, a lo largo de vidas compartidas, en



ecologías específicas. Del mismo modo, la idea de patrimonio multiespecie desborda los proyectos de conservación basados, por un lado, en la salvaguarda del patrimonio genético y, por otro, en el patrimonio cultural o histórico, material o inmaterial, asociado a los artefactos y a las prácticas pecuarias. Lo que está en juego aquí es una división técnico-institucional de intereses que no pone de relieve aquello que Thom van Dooren y sus coautores (2025) entienden como culturas co-construidas entre humanos y animales. En nuestro trabajo, ponemos en valor una memoria y un patrimonio que se inscriben en cuerpos, temperamentos, prácticas de manejo, objetos, paisajes, gestos construidos y reiterados colectivamente a lo largo del tiempo (Segata, 2025a).

Este trabajo resulta de una experiencia de investigación interdisciplinaria entre antropología y etología, que hemos denominado *etnografía criolla*. La expresión no es casual, pues se inspira en el propio ganado criollo que investigamos. En el sur de Brasil, el término criollo se refiere a las poblaciones remanentes de las primeras introducciones de ganado bovino en América del Sur, aquellas que persistieron a través de sucesivas transformaciones territoriales, reorganizaciones económicas y cambios en las prácticas de manejo (Bruxel, 1960, 1961; Jaeger, 1943). A lo largo de este recorrido, estas poblaciones atravesaron procesos de domesticación, abandono, federalización y reorganización productiva, constituyéndose hoy como un testimonio vivo de historias ecológicas, políticas y culturales profundamente entrelazadas (Bonifacio, 2023; Cardiel & González, 1968; Isler, 2023). En este sentido, el ganado criollo es, en sí mismo, un ganado con memoria y un patrimonio vivo en el que se expresan procesos históricos, culturales, políticos y ecológicos.

Fue la combinación de linajes genéticos procedentes de distintas partes del mundo, expuestos a condiciones ambientales y culturales igualmente diversas, la que confirió a estos animales la rusticidad por la cual hoy son reconocidos: una capacidad adaptativa que no deriva de la pureza, sino del encuentro y de la mezcla (Domingues, 1961). Del mismo modo, nuestra etnografía está marcada por desplazamientos, mezclas y largos procesos de adaptación, así como por un fuerte arraigo en un paisaje, una ecología y una cultura situadas. Tenemos un origen, ya sea en la antropología o en la etología, pero nos hemos reinventado en el territorio¹.

1 Somos conscientes de que el término criollo (crioulo en portugués) posee un campo semántico mucho más amplio que el que aquí movilizamos. Remite a una constelación histórica de situaciones y problemas vinculados con el desplazamiento forzado de poblaciones, la esclavitud, las sociedades coloniales atlánticas, las fusiones lingüísticas y culturales del Caribe, el universo de lo creole, el cimarronaje y, en clave brasileña, también con resonancias más recientes en torno al aquilombamento (Bispo, 2023; Ferdinand, 2022). Existen conexiones entre estos universos, pues en todos ellos están en juego encuentros desiguales, procesos de adaptación, composiciones históricas e invenciones situadas de mundos. En el sur de Brasil, sin embargo, el término criollo adquirió una inflexión específica, fuertemente vinculada a la vida campeira y a la ganadería. Por ello, sus referentes políticos y semánticos no coinciden plenamente con los del Caribe o del Atlántico Negro, aunque tampoco remiten a historias aisladas. Quizás el ganado criollo nos ayude precisamente a pensar mejor esas conexiones, mostrando cómo ciertas historias de mezcla, adaptación y creación situada de mundos reverberan aquí, y también en otros paisajes atlánticos.



Más que una aplicación cruzada de conceptos o métodos de una disciplina sobre la otra, esta colaboración implicó un proceso continuo de mezcla, negociación y aprendizaje mutuo, anclado en condiciones etnográficas, ecológicas e históricas profundamente situadas. Aunque la antropología mantiene un prolongado compromiso con la comprensión de la diversidad humana, sus abordajes de los animales tendieron con frecuencia a privilegiar categorías amplias, como especie o raza, prestando menor atención a las singularidades de comportamiento, temperamento e historia individual. Asimismo, la etnografía fue concebida durante mucho tiempo como una empresa individual, centrada en la autoridad interpretativa de un único investigador. La experiencia de campo, sin embargo, muestra que la producción de conocimiento es siempre relacional, colectiva y negociada, e involucra no solo a otros humanos, sino también a los animales y ambientes. La etología, por su parte, históricamente asociada a diseños experimentales controlados y a la observación de comportamientos replicables, encuentra límites cuando se enfrenta a contextos de campo marcados por interacciones no repetibles, paisajes cambiantes, trayectorias individuales y vínculos afectivos. El diálogo con la antropología no debilita esta tradición; por el contrario, permite poner a prueba sus categorías analíticas en ecologías vividas, donde los animales actúan como sujetos prácticos y no como unidades experimentales abstractas. La *etnografía criolla* no propone una fusión disciplinaria ni la formulación de un modelo metodológico generalizable. Designa, más bien, una postura analítica y metodológica forjada en la co-presencia en el campo, en la atención a interacciones situadas y en el distanciamiento deliberado de los ideales de pureza disciplinaria. En este enfoque, el comportamiento deja de entenderse como un atributo aislado de individuos, especies o razas, y pasa a reconocerse como algo que se constituye en las relaciones entre animales, humanos, prácticas de manejo y paisajes. Inspirada en perspectivas situadas, esta aproximación busca producir descripciones más atentas y responsables de las formas en que las biografías humanas y no humanas se entrelazan y se configuran mutuamente.

A ello se suma que la perspectiva multiespecie que nos orienta se niega a aislar al ganado criollo de su mundo. Las crianzas que acompañamos en el Planalto Serrano no involucran únicamente bovinos de la raza *crioula lageana*, sino una ecología criolla más amplia, compuesta también por ovejas y caballos criollos, pastizales nativos, araucarias y piñones, suelos pedregosos, campos de altitud, inviernos rigurosos, heladas frecuentes y, ocasionalmente, nieve. A este conjunto se suman historias de *lida campeira*, asociadas al trabajo en el campo y a las prácticas de crianza, los rodeos criollos como formas de entretenimiento y ritualización cultural e identitaria, así como modos de relacionarse con los animales, con el clima y con las estaciones, todos ellos coproducidos a lo largo de generaciones. Hablar de la memoria del ganado criollo, por lo tanto, es hablar de ese entramado multiespecie que constituye su biografía.

Al articular observación etnográfica y etológica, buscamos comprender cómo se forman comportamientos, vínculos y memorias en la relación entre humanos, animales y ambientes que participan activamente en la composición de la vida social. El proyecto COWDOM², del cual formamos parte, busca enfrentar la escasez de colaboraciones copresentes en el campo entre antropología y etología mediante un diseño de investigación que integra ambas tradiciones desde las etapas iniciales del trabajo, orientando de manera conjunta la mirada, el registro y la interpretación de las relaciones multiespecie aquí analizadas.

El artículo está organizado en dos partes. En la primera, describimos una experiencia etnográfica específica junto a criadores de la raza *crioula lageana* en el Planalto Serrano de Santa Catarina, en el sur de Brasil. Partimos de historias de vida humanas y bovinas, así como de narrativas de muerte y recuerdo: vacas y toros que, al igual que la propia raza, tras años de convivencia con los criadores, con otros animales y con campos nativos salpicados de araucarias, fueron immortalizados a través del arte y reinscritos en la vida cotidiana de la hacienda.

Tomando esta situación etnográfica como punto de partida, en la segunda parte desarrollamos una reflexión sobre la *memoria multiespecie*, articulándola con procesos más amplios de transformación de los sistemas productivos contemporáneos. En este contexto, examinamos cómo el avance del agronegocio, la intensificación de la ganadería industrial y el progresivo des-estímulo de formas de crianza no industrializadas, ancladas en saberes locales y en arreglos productivos de base familiar, han contribuido al estrechamiento de los futuros posibles de las razas criollas (Segata, 2024a, 2024b). Al hacerlo, vinculamos la discusión sobre la memoria no solo con la persistencia de vínculos e historias compartidas, sino también con las disputas en torno a la preservación de *patrimonios multiespecie*, entendidos como modos de vida donde se entrelazan culturas, identidades y ecologías, y que siguen en riesgo de desaparecer.

Las vidas que persisten

Desde la entrada, la hacienda anunciaba la presencia de seres longevos. El cráneo de una vaca de amplios cuernos, adornado con piedras, ocupaba un lugar destacado en la sala de estar. En las paredes y sobre los muebles, bolsos, alfombras y mantas confeccionados con cueros de diversas tonalidades revelaban que allí nada se desperdiciaba (Figura 1). Cuando preguntamos si todas esas piezas provenían de ganado de la raza *crioula lageana*,

² Este artículo se inscribe en el proyecto COWDOM - *Between Domestication and Fertility: Cattle-Human Relationships in the Making of Post-Colonial South America*, del que ambos autores forman parte como investigadores, con un enfoque en las transformaciones de las relaciones entre humanos y ganado en Brasil. Financiado por la Unión Europea (ERC-2022-COG, CowDom, G.A. 101088948). Las opiniones y puntos de vista expresados solo comprometen a su(s) autor(es) y no reflejan necesariamente los de la Unión Europea o los de la Agencia Ejecutiva del Consejo Europeo de Investigación (ERCEA). Ni la Unión Europea ni la ERCEA pueden ser considerados responsables de ellos.

Vera asintió y explicó que habían sido elaboradas a partir de animales criados en la propia hacienda. Al notar nuestro interés, nos invitó a visitar su taller, instalado en uno de los antiguos galpones.

Figura 1. Arte de Vera con cráneo de vaca de la raza *crioula lageana*.



Ponte Alta, Brasil, mayo de 2025. Foto: Jean Segata

Antes de llegar, Vera nos explicó que la casa de madera donde trabajaba no formaba originalmente parte de la hacienda. Esa casa había sido la primera oficina de correos del pueblo. Cuando ella y su esposo supieron que el edificio sería sustituido por una nueva construcción, lo compraron y lo trasladaron hasta la propiedad, preservando así otro fragmento de la historia local. El antiguo edificio fue transportado intacto sobre la plataforma de un camión y reinstalado en la hacienda, convertido en un espacio de creación, memoria y trabajo.

En el interior, nos llamó la atención la gran mesa de trabajo sobre la que reposaba la cabeza preparada de una vaca, aún a la espera de los colores y las texturas que pronto recibiría. Todo el espacio combinaba elementos recogidos en los pastizales y bosques de la hacienda con hilos, cordones de colores, piedras, lentejuelas, cintas y otros materiales artesanales. Sobre la mesa y en distintos rincones del taller había piñas, plumas caídas de aves locales, hojas secas, ramillas de araucaria, nudos de pino, cáscaras de frutos y fragmentos de corteza. Vera podía incorporar cualquiera de esos elementos a una pieza, siempre que el material mantuviera una conexión con el lugar, con el suelo y con la vida de aquella hacienda.

Vera nos explicó que transformar las cabezas de vacas y toros en obras de arte era su forma de honrar las largas vidas que habían transcurrido allí. En una hacienda ganadera, los animales siguen los ciclos propios de la cría: nacen, crecen, se reproducen y,

finalmente, son sacrificados. En esta propiedad en particular, algunos toros se convierten en reproductores en el centro de recolección de semen que la pareja opera con el fin de difundir la raza *crioula lageana* y preservar su patrimonio genético, hoy amenazado por la reducción de la población. Oros toros son vendidos a las haciendas vecinas o a productores de otras regiones de Brasil; y la mayoría de las vacas permanece en la propiedad durante décadas, contribuyendo a la continuidad y al mejoramiento de la raza. Estos animales viven más de veinte años, paren con regularidad y mantienen una presencia constante en la vida cotidiana de la hacienda. Con el tiempo, vacas y toros forjan vínculos con sus criadores, con otros animales y con el paisaje activo que los rodea. Pero ¿por qué transformar cráneos en arte? En palabras de Vera:

Sentimos una profunda gratitud hacia estos animales. Por eso, después de que mueren, quiero rendirles homenaje. Quiero crear un espacio, todavía no sé exactamente cómo será, donde podamos conservar su ADN, su historia, sus genealogías. No se trata simplemente de una cabeza colgada en la pared. No es cualquier cabeza. Hay toda una historia detrás. Tengo fotografías de ellos cuando estaban vivos. (Vera, comunicación personal, 29 de noviembre, 2025)

Si en el ciclo común de la ganadería industrial las vidas suelen ser breves, en esta propiedad, como en otras haciendas dedicadas al ganado criollo, el ciclo es más largo y afectivo. Los animales son longevos: muchas vacas viven allí durante más de veinte años, generando nuevas vidas, mientras que algunos toros cuidadosamente escogidos participan en la preservación del patrimonio genético de la raza en el centro de recolección de semen que la pareja opera en la misma propiedad. Más que dar continuidad a la raza, estos animales crean vínculos concretos con los criadores y con el paisaje. Transformarlos en arte después de su muerte es una forma de eternizar ese vínculo. Es dar continuidad a una vida que fue vivida allí y que resultó esencial para mantener vivo el linaje del criollo de Lages.

Vera llamó nuestra atención sobre cada detalle de su trabajo artesanal:

Cuando inicio el trabajo, recorro sus líneas como quien toca un arpa ancestral o como quien pasa las páginas delicadas de un libro muy antiguo. Limpio cada detalle como quien devuelve la luz a aquello que alguna vez brilló. Comprendo que la osteo-técnica no trata solamente de huesos, sino de historias que insisten en no desaparecer. Trabajo con una materia que no se doblega ante los vendavales y que permanece en cada curva de los cuernos, en cada detalle óseo que mantiene preservada su estructura. Con mis manos, apenas permito la continuidad de una vida transmutada, que así puede permanecer. (Vera, comunicación personal, 29 noviembre 2025)

Y, sosteniendo una de las piezas frente a nosotros, Vera agregó:

Por ejemplo, está Cauíba. Vivió hasta los veinticuatro años. Era muy dócil, muy tranquila.

En este caso quise utilizar piedras brasileñas, con las que disfruto mucho trabajar. Elijo cada detalle pensando en el animal, en su temperamento, en cómo era. Ahí es donde comienzan mis creaciones. Puede haber piezas similares en alguna otra parte del mundo, nunca se sabe, pero las mías son diseños propios. Para Cauíba, por su edad, imaginé un tipo específico de piedra y una combinación particular. Cada pieza se personaliza de esta manera, reflejando la personalidad y el temperamento del animal. Además, todo el trabajo está hecho a mano. Siempre hay un elemento de esta región o de Brasil. (Vera, comunicación personal, 29 noviembre 2025)

Esta forma de creación, explicó Vera, no era ni meramente técnica ni puramente estética. Las piezas prolongaban relaciones que se habían configurado a lo largo de los años y reunían, en un mismo gesto, memoria afectiva, trabajo artesanal y conocimiento genealógico. Además de artesana, Vera era responsable del centro genético de la propiedad, y por eso incorporaba a sus obras información sobre el ADN, las genealogías y las trayectorias reproductivas de los animales. En su trabajo, tradición y ciencia no aparecían como registros opuestos, sino como dimensiones entrelazadas de una misma práctica de cuidado, conservación y creación. A través de su arte, las vidas de los animales seguían presentes incluso después de la muerte, cargando consigo las marcas de la longevidad, de la rutina, del paisaje y de la convivencia compartida en la hacienda.

El caso de Cauíba era especialmente significativo. Ella pertenecía al rebaño original reunido en el proceso de rescate y registro de la raza *crioula lageana*, de modo que su historia individual se confundía con la propia recuperación de la raza. Al transformarla en obra, Vera no preservaba solamente la memoria de una vaca longeva y dócil, sino también una parte viva de la historia genética, afectiva y patrimonial del ganado criollo.

Sin embargo, las posvidas de este ganado no se expresan únicamente a través de las obras que Vera produce. La propia historia de la raza *crioula lageana* constituye otra forma de continuidad, una que persiste a pesar de las presiones de la ganadería moderna, del avance de la industrialización en la región y de los cambios en los modos de cría del ganado, que aún conservan huellas de pasados misioneros, troperos y serranos.

El ganado criollo que hoy vive en la región de Lages, en el Planalto Serrano de Santa Catarina, fue reconocido oficialmente como raza recién en 2008, bajo la denominación de raza *crioula lageana* (Ministério da Agricultura e Abastecimento - Brasil, 2008). De origen ibérico, descende de los animales introducidos en América del Sur por colonizadores españoles y portugueses. Los rebaños criollos que acompañamos en Rio Grande do Sul y en Santa Catarina constituyen algunos de los últimos remanentes sobrevivientes del llamado *gado missioneiro*, introducido por los jesuitas en la porción meridional de lo que hoy son Brasil y Uruguay (Porto, 1952, 1954). Esta estirpe se formó a través de un largo proceso que combinó introducción colonial, dispersión, feralización y nuevas modalidades de domesticación a lo largo de los siglos. El ganado criollo sobrevive no solo como una población animal, sino como un archivo vivo de una historia profundamente entrelazada con las Misiones Jesuíticas y con las transformaciones políticas y ecológicas del sur de Brasil.



La cronología de esta introducción es ampliamente conocida tanto en la historiografía como en las tradiciones orales regionales. En 1534, los primeros bovinos llegaron a Brasil, a la Capitanía de São Vicente, enviados desde Cabo Verde por doña Ana Pimentel, esposa de Martim Afonso. En 1556, apenas unas décadas después, Domingos de Góis encabezó la primera expedición que condujo ganado hacia el interior, atravesando São Paulo y Paraná hasta alcanzar la región de Foz do Iguaçu y, desde allí, Asunción, hoy Paraguay. Parte de este traslado habría sido realizada en balsas, episodio que alimentó la narrativa de las “Siete Vacas de Gaete”, asociada a los orígenes míticos de la ganadería en la cuenca del Río de la Plata (Isler, 2023; Jaeger, 1943).

Este movimiento continuó desde Asunción con la fundación de la segunda Buenos Aires, en 1580, liderada por Hernandarias, consolidando la ganadería en las Pampas y contribuyendo al surgimiento de la ganadería argentina. En 1634, exactamente un siglo después de la primera introducción en São Vicente, el padre Cristóvão de Mendonça llevó ganado para abastecer las reducciones jesuíticas en la Banda Oriental, región que corresponde principalmente al actual Uruguay y que, en el período colonial, incluía también áreas hoy situadas en el sur del actual Estado de Rio Grande do Sul, en Brasil. Algunos años más tarde, las incursiones bandeirantes expulsaron a los jesuitas y dejaron el ganado vagando libremente por los campos. De esta dispersión surgió la principal narrativa de origen del ganado criollo, asociada a la multiplicación de animales ferales en la Vacaria del Mar, en lo que hoy corresponde a Rio Grande do Sul y Uruguay (Bruxel, 1960, 1961; Primo, 2004).

Cuando los jesuitas regresaron, la producción ganadera organizada se reanudó e incorporó pronto la captura de ganado feral en las vaquerías, una práctica que forma parte del imaginario asociado a la conformación del gaucho (Assunção, 1963; Slatta, 1992). Cercamientos naturales y contruidos, sesmarias y estancias, la introducción del alambre de púas y la consolidación de la propiedad privada moldearon los caminos de la ganadería moderna y las formas de manejo que estructuraron esta historia de larga duración (Bell, 1998; Oliveira, 1996). Los rebaños que seguimos hoy, *crioula lageana*, *frankeiro* y *bovino crioulo sulino*, son supervivientes directos de estos procesos, aunque sus trayectorias adquirieron contornos particulares según las geografías y las tradiciones que configuraron a cada grupo (Mariante y Cavalcante, 2000; Rech, 2025; Segata, 2025a, 2025b).

Lages, en el Estado de Santa Catarina, limita con Rio Grande do Sul y mantiene desde hace largo tiempo una relación estrecha con la ciudad vecina de Vacaria, separada únicamente por el río Pelotas. La región es conocida por sus bosques de araucarias y por el pinhão (piñón de araucaria), marcadores duraderos de su paisaje ecológico y cultural. En el siglo XVIII, Lages se consolidó como un importante núcleo ganadero, la llamada Vacaria dos Pinhais, integrada a los circuitos tropeiros que desplazaban animales desde los campos del sur hacia la Capitanía de São Vicente y las regiones mineras de Minas Gerais (Oliveira, 1996). Parte de este ganado, conducido por los tropeiros, permaneció en la re-



gión y, durante un tiempo, vivió casi por completo sin control humano, desarrollándose bajo condiciones marcadamente ferales.

Esta dinámica se inscribía en un paisaje donde la fertilidad natural y la producción “espontánea” de subsistencia moldeaban el ritmo de la vida cotidiana. Como describe Freitas (1980), en la cuenca del Plata y también en Lages, el ganado “se criaba solo”, desincentivando la producción de excedentes: “mientras el ganado sin dueño se reproducía espontáneamente, el habitante del campo necesitaba poco trabajo para obtener los medios de subsistencia (...) sacrificaba una vaca en campo abierto y (...) se alimentaba durante varios días” (Freitas, 198, p. 43).

Posteriormente, este ganado fue reincorporado a las haciendas de reciente establecimiento e integrado a sistemas de manejo humano. Gradualmente, con la modernización de la producción ganadera a comienzos del siglo XX, estos animales fueron cruzados o sustituidos por ganado cebú y por razas taurinas francesas y británicas como *charolais*, *shorthorn* y *devon* que, a menudo enfrentaron serios problemas de adaptación (Segata, 2025b). Solo en la década de 1950 el antiguo ganado criollo, la llamada raza *velha*, entonces al borde de la extinción, fue rescatado y preservado por las familias de Antônio y Nelson Camargo (Arruda Filho, 1964; Duarte, 2020; Martins, 2009). En este sentido, la raza *crioula lageana* es ya, en sí misma, una de las múltiples posvidas del ganado ibérico introducido en las Américas, cuyas posibilidades de desaparición se reiteraron a lo largo de casi cinco siglos.

A partir de ese momento se inició un nuevo ciclo, que reunió a otros criadores locales orientados por los principios de una “zootecnia local”, forjada a partir del conocimiento práctico de Seu Antoninho, como era conocido Antônio Camargo. En el caso del Crioulo Lageano, este esfuerzo garantizó la preservación de una amplia variedad de capas, la coexistencia de animales con cuernos y animales naturalmente mochos, así como patrones cromáticos populares como *jaguané*, *salina* y *africana*, presentes también en otras razas locales y constitutivos de un vocabulario compartido de tipos criollos (Figura 2).

En 2004, los criadores fundaron la Asociación de Criadores de *Crioula Lageana* y, en 2008, obtuvieron el reconocimiento oficial de la raza por parte del Ministerio de Agricultura (Brasil, 2008; Martins y Martins, 2020). Como toda raza, la *crioula lageana* no existe de forma aislada, sino que se sostiene en una compleja red de personas e instituciones que movilizan continuamente esfuerzos zootécnicos y políticos para definir sus límites, sus características y sus horizontes de desarrollo. Este trabajo es inherentemente colaborativo e involucra la negociación de criterios fenotípicos y reproductivos, la selección y el mejoramiento de animales, el desarrollo de protocolos de cría, el mantenimiento de registros genealógicos, el cumplimiento de exigencias normativas y la espera prolongada ante múltiples instancias de toma de decisiones.

Figura 2. Ganado de la raza *crioula lageana*. Painel, Brasil, noviembre de 2025. Foto: Jean Segata.



Esta larga trayectoria, marcada por dispersiones, rescates y decisiones zootécnicas, se volvió más clara a partir de nuestra investigación, en parte a través de la literatura disponible, todavía limitada, y sobre todo a partir de las narrativas de los propios criadores. Esta trayectoria permite mostrar que la *crioula lageana* nunca ha existido como una entidad homogénea o estable. Su continuidad ha dependido, y continúa dependiendo, de formas altamente situadas de relación, manejo y convivencia que, aunque se alinean con las directrices y los marcos conceptuales establecidos por la Associação Brasileira de Criadores de Bovinos da Raça Crioula Lageana (ABCCL), varían de manera significativa de una propiedad a otra.

Fue al encontrarnos con una de estas formas de convivencia, en la hacienda Bom Jesus do Herval (BJH), propiedad de Vera y Edison, cuando comenzamos a percibir cómo esta historia más amplia se traduce en vidas concretas, temperamentos particulares y modos específicos de estar con el ganado. Allí, la raza no aparecía como una categoría abstracta, sino como un conjunto de individuos cuyas historias, comportamientos y vínculos reflejaban tanto el pasado del linaje como las relaciones cotidianas que lo sostenían.

Vera y Edison describían a cada animal de la propiedad con una riqueza de detalles sorprendente. Este conocimiento no resulta inesperado cuando se conoce su trayectoria. Son criadores de ganado, pero también, y quizás, ante todo, investigadores con largas carreras académicas dedicadas a la raza *crioula lageana*. Ambos son profesionales jubilados que trabajaron en universidades e instituciones de investigación agropecuaria del Estado de Santa Catarina, acumulando décadas de estudios, dirección académica y producción intelectual centradas en la raza.

Edison Martins es médico veterinario, doctor en Ciencia Animal, con amplia experiencia en reproducción animal y recursos genéticos. Su compromiso es tal que mantiene en la BJH un centro de recolección de semen de los toros de la raza *crioula lageana* instalado en el mismo espacio donde se cría el rebaño. Vera Martins, también médica veterinaria

y doctora en Ciencia Animal, desarrolló una sólida trayectoria en recursos genéticos, fisiología y reproducción animal. Vera trabajó directamente en el análisis y la conservación del material genético producido en el centro, profundizando su conocimiento sobre los linajes y las características de la raza. Asimismo, organizó dos obras fundamentales sobre la *crioula lageana*. Ambos participan activamente en el sector técnico de la Associação Brasileira de Criadores de Bovinos da Raça Crioula Lageana: Edison fue su presidente y continúa actuando como inspector técnico de la raza, mientras que Vera ocupa el cargo de superintendente del Servicio de Registro Genealógico.

Para ellos, la cría de la *crioula lageana* no es simplemente una expresión de nostalgia serrana ni un apego sentimental a Lages, donde construyeron sus trayectorias profesionales. Esa dimensión afectiva ciertamente existe, pero es inseparable de un compromiso científico que modela de manera profunda sus decisiones, sus prácticas y sus relaciones cotidianas con los animales. Memoria y afecto coexisten, así, con un conocimiento técnico denso, acumulado a lo largo de una vida dedicada a la investigación y a la preservación de la raza.

Aunque ya veníamos observando al ganado en el campo, fue en el taller de Vera donde nuestra atención a las singularidades relacionales adquirió otra densidad y donde el propio método reveló la necesidad de volverse criollo. Allí, antes de que los cráneos se transformaran en memoria, comprendimos con mayor claridad que aquello que observábamos en los pastizales no podía entenderse simplemente como un comportamiento de especie o un patrón de raza, sino como expresiones situadas de historias, vínculos y formas de convivencia multiespecie.

El trabajo de Vera con los cráneos de vacas y toros nos ayudó a captar de manera más sensible cuestiones que ya veníamos discutiendo durante la observación de los animales en el campo. Parte de nuestra investigación consiste precisamente en este ejercicio conjunto —con un antropólogo y una etóloga trabajando lado a lado—, de acompañar las rutinas cotidianas del ganado y las interacciones que los animales establecen entre sí, con el ambiente y con sus criadores. A lo largo de nuestras visitas, aprendimos a percibir pequeños gestos, sonidos y aproximaciones: la forma en que los animales respondían a ciertos llamados, cómo se reorganizaban cuando alguien ingresaba al potrero y cómo reaccionaban ante presencias humanas desconocidas.

Esta percepción se volvió aún más nítida a medida que visitamos otras propiedades. En algunas haciendas existía una relación cercana y continua entre criadores y ganado, marcada por recorridos diarios, conversaciones y una observación atenta de cambios de humor, preferencias y relaciones dentro del rebaño. En otras, predominaba la idea de que el ganado criollo debía mantenerse lo más suelto posible, con mínima intervención humana y escasa dependencia de medicación o manejo intensivo. En estos casos, los animales tendían a alejarse rápidamente cuando alguien se aproximaba, realizando movimientos de fuga que contrastaban de manera marcada con la curiosidad del rebaño de



Vera y Edison. Este contraste se volvió central para nuestro análisis, ya que mostraba que los comportamientos observados no eran expresiones homogéneas de “una raza” o “una especie”, sino modos de ser formados en relación con humanos específicos, paisajes, rutinas e historias particulares.

Figura 3. Vera en su taller de la BJH, durante el trabajo artesanal.



Ponte Alta, Brasil, noviembre de 2025. Foto: Jean Segata.

Fue en ese punto cuando el trabajo de Vera adquirió una relevancia metodológica aún mayor. Sus obras, producidas a partir de relaciones construidas con animales con los que había convivido durante décadas, revelaban una forma de atención a las singularidades que, como investigadorxs, también necesitábamos aprender a cultivar. Al orientar sus creaciones según el temperamento de cada individuo, el paisaje al que el animal pertenecía y la vida que había vivido, Vera producía algo que era al mismo tiempo un homenaje y una forma de continuidad (*Figura 3*).

Al relatar la historia del toro Urucum Vera señaló:

Observo diariamente el comportamiento, el desarrollo y la maduración del ganado criollo aquí en la BJH. Cuando comienzo a imaginar una pieza, siento la necesidad de crearla de acuerdo con el temperamento de cada animal, el paisaje del que forma parte y su historia de vida. Transformar cráneos en obras de arte no es solo una cuestión técnica; es un diálogo entre mí y quien fue y quien nunca dejará de ser. En las piezas terminadas ya no veo pérdida. Veo permanencia y respeto por aquellos que, para mí, no se fueron. Solo cambiaron de forma. (Vera, comunicación personal, 27 de noviembre, 2025)

Entre las muchas historias que relató, la de Urucum se destacó como una síntesis particularmente sensible de esta relación. Urucum era hijo de Cauíba do Canoas, proveniente de otra hacienda criadora de ganado criollo. Cauíba es la misma vaca mencionada anteriormente en este texto, descrita por Vera como dócil, tranquila y longeva, parte del rebaño fundador de la raza en la BJH, y que vivió hasta los veinticuatro años. Para ella, Urucum ya era especial incluso antes de nacer: era “un regalo que llegó envuelto dentro del vientre de su madre”, como ella lo expresó al recordar cómo acompañó todo el embarazo y su nacimiento en una fría mañana de julio de 2003.

Urucum creció entre pastos altos, vientos intensos y los ritmos estacionales marcadamente definidos de la hacienda. En palabras de Vera:

Urucum se convirtió en la expresión del Crioulo Lageano: firmeza sin agresividad, rusticidad sin exceso, temperamento firme y tranquilo. La belleza de lo nativo, sin exageraciones. Cuando Urucum caminaba, el suelo no temblaba, sino que se volvía suave y respetuoso, como una alfombra verde extendida para él. Cuando mugía en un tono grave y algo ronco, las macegas estalladeras presentes aquí parecían aplaudirlo con sus chasquidos agudos. Y, cuando Urucum erguía la cabeza, el cielo parecía volverse más alto, como si acogiera con bendiciones su presencia. Pero el tiempo, ese artesano invisible, cumplió su ciclo, y Urucum, a los ocho años, partió dejando tras de sí un llamado: preservar su historia (Vera, comunicación personal, 27 de noviembre, 2025)

En la narrativa de Vera, el nacimiento de Urucum aparece como un acontecimiento biográfico. Cuando Vera nos hablaba de los “cuidados y caricias” que acompañaron su crecimiento, describía la construcción de un sujeto. Cuando mencionaba el “elemento XY”, mostraba cómo su conocimiento técnico se mezclaba con la poesía de la narración. En su relato, la genética y el afecto no se excluyen: la primera aparece en las genealogías y en la referencia al linaje reproductivo; el segundo, en la imagen del regalo envuelto. Ambos coexisten en la formación de la identidad de ese animal. Vera no describía a Urucum únicamente por sus características físicas, sino con la sensibilidad de quien conocía su modo singular de existir. Al final, Urucum no es solo parte del paisaje: Urucum es también paisaje, memoria y patrimonio.

Escuchar a Vera nos permitió comprender cómo el reconocimiento de cada animal como sujeto, a partir del conocimiento de su comportamiento individual, moldea la relación entre humanos y animales. En este caso, esa relación se manifestaba más allá del trabajo artístico, pues también se hacía visible en el comportamiento de los animales en el campo. Las historias que Vera componía a través de su arte materializaban aquello que venía emergiendo a lo largo de nuestras observaciones de campo.

Cuando nos aproximábamos al rebaño, algunas vacas se acercaban con curiosidad, olfateaban nuestra ropa y rozaban nuestros brazos. La presencia de cuernos largos a veces nos generaba aprensión, pero Edison y Vera nos tranquilizaban, explicándonos que se trataba de animales mansos y mostrándonos con calma cómo leer sus movimientos

y posicionarnos de forma segura. En lugar de hablar en términos de “comportamientos de raza”, Edison y Vera describían a cada animal y sus disposiciones particulares. “No se preocupe, esta vaca es muy dócil”, o “esta solo viene a ver quién llegó, le gusta olfatear”, solían decir. Los animales no solo toleraban nuestra presencia, sino que la buscaban. Su comportamiento reflejaba también la calidad de la relación humano-animal. Esa proximidad indicaba un historial de interacciones positivas que transformaba el dato biológico en una relación de confianza.

Comprender el comportamiento de este ganado criollo y, sobre todo, comprender sus relaciones con quienes lo cuidaban exigía atender a las vidas individuales, a los vínculos cotidianos y a las condiciones ambientales y sociales de ese territorio. Desde una perspectiva antropológica, esta atención ampliaba nuestra mirada hacia la vida social multiespecie; desde una perspectiva etológica, desplazaba el foco de la especie o la raza hacia los modos de interacción a través de los cuales el comportamiento se constituye. Fue precisamente en estas interacciones situadas, parciales y relacionales donde también comenzó a tomar forma lo que denominamos *etnografía criolla*: una aproximación que orienta nuestros análisis y que se forja en la mezcla, en los saberes situados y en una rusticidad metodológica distanciada de los ideales de pureza disciplinaria. El arte de Vera, por lo tanto, hacía visible una armonía construida diariamente en el trato con los animales.

Memoria y patrimonio multiespecie como resistencia

En las últimas décadas, el avance de sectores del agronegocio ha sido presentado de forma reiterada como motor de desarrollo para los países emergentes, en especial en América Latina. Gobiernos, organismos multilaterales y sectores empresariales suelen asociar la expansión de la producción agropecuaria a gran escala con ideas de progreso económico, modernización tecnológica e inserción competitiva en el mercado global (Camana *et al.* 2026; Pompeia, 2021). Esta narrativa, sin embargo, suele encubrir consecuencias profundas desde el punto de vista ecológico, social y sanitario. En términos generales, este proceso implica la sustitución de ecosistemas diversos por monocultivos extensivos, como soja, maíz y caña de azúcar, así como por árboles de crecimiento acelerado, como eucalipto y pino (Figura 4). Esa transformación compromete la biodiversidad, degrada los suelos, altera los regímenes hídricos y fragmenta paisajes y memorias socioambientales construidas a lo largo de generaciones. El modelo también favorece la concentración de la tierra, debilita las economías locales, asfixia a los pequeños productores y erosiona modos de vida rurales históricamente arraigados. En el caso de la cría animal intensiva, orientada a la alta productividad, se amplifican además los riesgos asociados a la disseminación de zoonosis, al uso masivo de antibióticos y hormonas, y a la estandarización genética de organismos con baja resiliencia biológica, produciendo vulnerabilidades que

exceden los límites de la propia producción agropecuaria (Morand, 2020; Segata *et al.*, 2021; Wallace, 2016, 2021).



Figura 4. Transformación de pastizales nativos en plantaciones de soja en el Planalto Serrano, Brasil, noviembre de 2025. Foto: Jean Segata.

Existen, no obstante, otras dimensiones en juego. Los regímenes contemporáneos de la ganadería —que privilegian la previsibilidad y la rentabilidad— tienden a volver descartables a los animales que escapan de los parámetros económicamente deseables, ya sea por no alcanzar determinados índices productivos, por no corresponder a ideales fenotípicos o por dejar de justificar la inversión genética realizada. Su destino es la exclusión del sistema, por eliminación directa o mediante formas de borramiento que apartan del horizonte aquello que no “cierra la cuenta”. Lo mismo ocurre con los criadores que no logran acompañar los costos crecientes de este arreglo *tecnogénico*. El mejoramiento, en este sentido, produce no solo campeones, como toros y vientres valorizados en un campo altamente competitivo, sino también un paisaje de desigualdades y exclusiones que atravesará a humanos, animales y territorios (Segata, 2025b).

Si este modelo industrial proyecta un futuro idealizado para la agropecuaria, también produce silencios y pérdidas que no siempre son reconocidos como tales. Detrás de los procesos de mejoramiento animal y vegetal se encuentra una compleja infraestructura que, de manera ambivalente, entrega una vida progresivamente simplificada. La promesa de eficiencia y desempeño no reduce la complejidad técnica, sino que convierte activamente la diversidad en formas estandarizadas, productivas y homogéneas. Este movimiento produce un proceso acumulativo y sutil de extinción, no necesariamente por la desaparición de los cuerpos, sino por la pérdida de modos de vivir, de cruzar, de responder al ambiente y de co-evolucionar con él (Segata, 2025a; 2025b).

En este contexto, las diversidades fenotípicas y genotípicas ceden lugar a linajes optimizados, algorítmicamente previsibles y comercialmente deseables. En Brasil, la predominancia de las razas taurinas en el Sur y de las razas cebuinas en el Centro-Oeste, en términos de rendimiento y estandarización, consolidó nuevos ciclos de la industria ganadera desde principios del siglo XX (Leal, 2016; Medrado, 2016). En contrapartida, antiguas razas locales, asociadas a formas de cría extensivas y territorializadas, han sido sistemáticamente marginadas desde entonces, excluidas de las políticas públicas de fomento y empujadas a procesos discretos de desaparición.

Esa exclusión no significa que los criadores rechacen necesariamente el agronegocio, la productividad o las formas de inserción económica en el mercado. Lo que aparece de manera recurrente en sus relatos es una crítica más situada a determinados sectores y dinámicas de ese modelo, especialmente cuando la expansión de monocultivos de granos, de bosques plantados o de razas económicamente hiperespecializadas produce la destrucción de ecosistemas, la reducción de formas locales de cría y el estrechamiento de alternativas rurales. En ese intervalo, emergen otras maneras de hacer productivo al ganado criollo, incluso cuando ello implica, en cierta medida, movilizar la memoria y el patrimonio como recursos económicos. La producción de queso serrano con leche de vacas *crioulas lageanas*, la comercialización de cortes de carne en circuitos locales, el turismo rural y la artesanía con cueros de pelajes variados son algunas de las formas a través de las cuales la raza pasa a integrarse en economías situadas. Como los criadores suelen relatarnos durante la investigación, ya no cuentan con la misma disponibilidad de mano de obra rural y necesitan resistir el avance mecanizado y tecnológico del agronegocio sin dejar de obtener sustento de sus proyectos de conservación. Ese sustento es necesario tanto para sus familias como para la continuidad de los propios proyectos, que no cuentan con políticas públicas robustas ni con incentivos estatales suficientes.

Este estrechamiento de los futuros multiespecie señala una forma de extinción sutil, que no se expresa como la desaparición inmediata de especies, sino como el colapso progresivo de mundos y relaciones (Segata, 2025a). Siguiendo la perspectiva del filósofo ambiental Thom van Dooren, la extinción no se reduce a una cifra en una lista de especies desaparecidas o críticamente amenazadas, sino que implica la desarticulación de tramas de vida que aún persisten y que exigen atención ética y compromiso político con quienes todavía viven (van Dooren, 2016). En este sentido, regiones como el sur de Brasil se configuran no solo como territorios de innovación dentro de la lógica emergente del agronegocio, sino también como escenarios de un drama discreto. En ese drama, razas consideradas económicamente ineficientes desaparecen junto con los saberes, las tradiciones y los modos de vida que las sostenían, interrumpidos en nombre de una modernización orientada por el mercado (Segata, 2024a, 2024b, 2025a)³.

3 Conviene subrayar que este argumento no pretende negar que razas altamente especializadas también produzcan memorias y patrimonios, como muestran nuestras etnografías con criadores de angus en el Pampa. El caso de la raza



Desde esta perspectiva, resulta imprescindible problematizar la selectividad de las políticas de protección, que tienden a privilegiar la biodiversidad silvestre en detrimento de lo que Jean-Pierre Digard (2005) denomina biodiversidad doméstica. Este concepto remite a la diversidad biológica de los animales domesticados, sus razas, linajes y formas de vida asociadas, producida históricamente en relación con los humanos. A diferencia de la fauna considerada “salvaje”, esta biodiversidad permanece ampliamente invisibilizada por los discursos ecológicos y por las políticas de conservación, que suelen valorar únicamente aquello que clasifican como “natural”. Como señala Digard (2005), proteger al lobo pero no a los perros, el bosque pero no el huerto, revela una jerarquía que descalifica el mundo domesticado como menos auténtico o menos digno de cuidado. Sin embargo, la domesticación no implica una destrucción de la naturaleza, sino un proceso coevolutivo legítimo, cuya diversidad es tan compleja como la de las especies silvestres. El problema central radica en que la ideología ambiental dominante continúa operando sobre una dicotomía rígida entre naturaleza y cultura, relegando la biodiversidad doméstica a un estatuto secundario, cuando no a la completa invisibilidad. Más que “salvar una raza”, la apuesta por un *patrimonio multiespecie* consiste en mantener habitables los mundos que esas razas coautoran y en reconocer que conservar vida no es conservar organismos aislados, sino sostener las condiciones relacionales que hacen posible la continuidad de mundos compartidos.

Es en este punto donde proponemos un desplazamiento conceptual. En lugar de restringir el debate a la conservación de un patrimonio genético orientado a la variabilidad biológica de interés zootécnico, o a la salvaguarda de patrimonios culturales fijados en prácticas tradicionales, sugerimos una aproximación más amplia, que denominamos patrimonio multiespecie. Con ello, reconocemos que las razas animales integran mundos compartidos, compuestos por relaciones cotidianas entre humanos, ganado y ambientes. Incluso cuando, desde un punto de vista técnico-genético, ciertos agrupamientos bovinos son considerados similares, para las poblaciones locales pueden expresar historias distintas de manejo, convivencia, adaptación y memoria. Razas como la *crioula lageana*, por lo tanto, no son meras entidades biológicas, sino coautoras de modos de vida (Figura 5).

Tomamos la noción de multiespecie como un desplazamiento analítico que permite repensar las formas en que vidas humanas y no humanas se entrelazan, producen continuidades y comparten historias, en diálogo con enfoques relacionales y situados de la vida (Haraway, 2008; Helmreich & Kirksey, 2010; Tsing, 2015). En este escenario, consideramos fundamental tensionar la separación habitual entre, por un lado, políticas de conservación orientadas a especies animales, vegetales o paisajes y, por otro, procesos de patrimonialización de artefactos, prácticas y saberes humanos, materiales o inmateriales. Este clivaje tiende a tratar como dominios distintos aquello que, en la experiencia

crioula lageana permite destacar que, sin embargo, bajo condiciones de fuerte asimetría y presión productivista, las posvidas de una raza local pueden leerse como formas de persistencia y resistencia multiespecie.



etnográfica, aparece profundamente imbricado. Las personas establecen vínculos duraderos con animales, plantas, territorios y formas de biodiversidad, y en estas relaciones las memorias se producen, se acumulan y se transmiten. De manera colectiva, culturas, identidades y ecologías se constituyen a lo largo del tiempo a partir de interacciones entre humanos y otros seres.



Figura 5. Hacienda Bom Jesus do Herval (BJH), un ecosistema criollo. Ponte Alta, Brasil, junio de 2025.
Foto: Jean Segata.

En este sentido, preservar razas locales no implica únicamente conservar un código genético, sino mantener vivas culturas compartidas entre ganado, humanos y ambientes. Un rebaño aprende y transmite, junto con sus criadores, maneras de recorrer un campo, responder a llamados, interactuar con cercas, perros y caballos, soportar frío, parásitos y sequías, y reaccionar ante cambios sutiles en el clima y en la rutina. Estos saberes no pertenecen de forma exclusiva a uno u otro polo, sino que se forman en la convivencia y dependen de la continuidad de prácticas, territorios y vínculos. En esta clave, nombramos aquello que está en riesgo cuando una raza local desaparece, incluso cuando sus genes permanecen preservados en bancos.

Esta inflexión permite precisar un punto formulado con claridad por Dominique Planchenault (1999): el riesgo contemporáneo no es la extinción del ganado bovino como especie, sino la erosión interna de la diversidad genética y cultural dentro de las poblaciones domesticadas. Un número reducido de razas especializadas, seleccionadas intensivamente por su desempeño productivo, pasa a dominar los sistemas de cría y genera una explotación desequilibrada de la variabilidad genética. Esto puede producir una impresión engañosa de vitalidad cuando se observa únicamente el número de razas y linajes registrados, mientras que las razas locales se tornan inviables y sobreviven como curiosi-

dades o testimonios patrimoniales, mantenidas en pequeños núcleos sin un horizonte robusto de reproducción. El problema, por tanto, no es solo contar razas, sino comprender las ecologías de reproducción que las sostienen o las empujan hacia el margen.

Lo que se pierde en estos procesos no es solamente variabilidad genética, sino también una trama de relaciones. Aquí, la discusión antropológica sobre el patrimonio permite un nuevo desplazamiento de la mirada. Al enfatizar la noción de “referencia cultural” (Fonseca, 2000, 2001), retomada por Cavalcanti (2019), señala que los bienes patrimonializables no existen como entidades dadas, sino como continuidades en transformación, cuya relevancia se vincula a conexiones con un pasado que opera como referencia para el presente y a reactivaciones que los actualizan. El valor patrimonial no es atribuido exclusivamente por especialistas o por el Estado, sino que emerge en relaciones en las que los grupos sociales involucrados en la producción del bien son socios decisivos en su calificación. Esta misma intuición aparece en la propuesta de abrir las categorías de patrimonio y patrimonialización y describirlas como formas de acción, interrogando sus consecuencias (Tamasso & Lima Filho, 2012). José Reginaldo Santos Gonçalves (2007) refuerza este enfoque al insistir en que el patrimonio es siempre una construcción social situada en zonas de ambigüedad, entre pasado y presente, entre cultura e individuos, entre cosmos y sociedad.

Es precisamente aquí donde las historias de Vera adquieren centralidad analítica. Su trabajo permite comprender cómo la posvida del ganado de la raza *crioula lageana* opera como una forma de continuidad relacional, en la que memoria, responsabilidad y pertenencia se articulan más allá del ciclo productivo. En este punto, la etnografía deja de describir prácticas para mostrar cómo el *patrimonio multiespecie* se produce en la convivencia cotidiana entre animales, personas y paisajes.

Aproximar este caso a la tipología propuesta por Denis y Eglin (2013) permite situar algunas tensiones. Al discutir razas locales en peligro, los autores muestran cómo la vinculación territorial habilita su inscripción en el vocabulario del patrimonio, aunque ello genere incomodidades cuando parece desplazarlas fuera del horizonte productivo. También distinguen distintas modalidades de patrimonio asociadas a estas razas, como el genético, el museográfico, el paisajístico y el alimentario. El caso aquí analizado moviliza todas estas dimensiones y expone su límite común: cuando estas dimensiones son tratadas por separado, tienden a compartimentar el mundo vivo, como si genética, cultura, territorio y alimentación no estuvieran co-implicados en la práctica.

Esa misma lógica de separación reaparece en el campo de la conservación, particularmente en la distinción entre conservación *in situ* y *ex situ*. Planchenault, Avon y Charvolin (2005) recuerdan que la conservación *ex situ* puede ser decisiva en situaciones de riesgo extremo, pero congela el material genético en el tiempo y no recompone las relaciones ecológicas y socioculturales que dieron forma a la raza. Al desvincular al animal del territorio, este tipo de conservación puede, además, legitimar la sustitución de paisajes vivos por otros usos del suelo, bajo el supuesto de que la raza ya se encuen-



tra “salvaguardada” en bancos genéticos. La conservación *in situ*, en cambio, mantiene animales vivos, criadores activos y un proceso evolutivo en curso, aunque se vuelve cada vez más difícil en paisajes sometidos a presiones intensas sobre el uso de la tierra y a políticas que privilegian la estandarización y el rendimiento. La discusión deja entonces de ser meramente técnica y pasa a reflejar disputas concretas sobre el territorio y sobre la legitimidad de ciertos modos de cría.

En el Planalto Serrano, este desplazamiento adquiere una forma concreta: la expansión de monocultivos y de bosques plantados reconfigura el espacio disponible para los campos nativos y los bosques de araucaria. En esta ecología, la *crioula lageana* no es un elemento externo al paisaje, sino un agente que participa activamente en su mantenimiento y en su inteligibilidad práctica. La raza no solo habita el territorio, sino que contribuye a definir qué puede ser ese paisaje, cómo puede manejarse y qué vínculos pueden persistir. Por ello, hablar de *patrimonio multiespecie* no constituye una metáfora, sino una descripción de cómo los mundos compartidos se sostienen y de cómo pueden ser silenciosamente desmantelados.

Esta perspectiva también permite iluminar las limitaciones del reconocimiento oficial de las razas bovinas en Brasil, que tiende a operar a partir de criterios predominantemente zootécnicos, genealógicos y administrativos. Incluso cuando una raza es reconocida como local y en riesgo, la gramática regulatoria suele privilegiar la trazabilidad y la estandarización, dejando escaso margen para las dimensiones histórico-culturales y para los vínculos que hacen que una raza sea significativa como modo de vida. El efecto es conocido: un patrimonio vivo corre el riesgo de convertirse en un repositorio inerte, separado de las prácticas y relaciones que le otorgan sentido.

Por ello, proponemos articular *memoria* y *patrimonio multiespecie* como una ampliación analítica y política. La memoria no es solo una narrativa humana sobre los animales, sino una persistencia relacional inscrita en cuerpos, temperamentos, gestos, rutinas, objetos, territorios y técnicas. A diferencia de la genética, la memoria no puede congelarse sin perder aquello que la constituye. El patrimonio, por su parte, no puede reducirse a una genética preservable, ni a una tradición congelada; remite a formas de convivencia en transformación y a las condiciones materiales e institucionales que permiten su continuidad.

Conclusiones

Este artículo sostuvo que preguntar qué queda de un animal después de su muerte abre un campo analítico que no se agota en la crítica moral del sacrificio ni en la reducción del ganado a mercancía. En las experiencias de ganadería extensiva aquí analizadas, la muerte reorganiza formas de persistencia que se inscriben en objetos, relatos, genealogías, hábitos aprendidos, paisajes trabajados y vínculos que continúan operando en la vida



cotidiana. Llamamos *memoria multiespecie* a este conjunto de continuidades producidas en la convivencia situada entre criadores, ganado y ambientes.

A partir de este desplazamiento, propusimos patrimonio *multiespecie* como una herramienta analítica y política para comprender lo que se pone en riesgo cuando una raza local se vuelve inviable, aun si su material genético permanece conservado. En este sentido, la erosión descrita por Planchenault (1999) y Digard (2005) no nombra solo una pérdida biológica, sino la contracción de ecologías de reproducción, de biodiversidad doméstica, de modos de convivencia y de futuros practicables para humanos y no humanos.

Acompañar a Vera y a Edison en su trabajo cotidiano con el ganado de la raza *crioula lageana*, recorriendo los campos y las pasturas del Planalto Serrano, fue una experiencia etnográfica decisiva. Caminar con ellxs por los campos nativos permitió aprender a leer las diferencias entre gramíneas recientemente introducidas y aquellas que llevan décadas componiendo los campos de cima da serra, que atraviesan el sur de Brasil desde Rio Grande do Sul hasta Santa Catarina. En esos recorridos, las pasturas, las araucarias, las guayabas silvestres, los cursos de agua y las variaciones del relieve no aparecían como un simple telón de fondo, sino como un ambiente construido en el tiempo, una ecología criolla formada por interacciones continuadas entre humanos, animales y plantas.

En ese entramado, la *crioula lageana* no ocupa una posición aislada. Forma parte de un colectivo más amplio, de un mundo compartido en el que prácticas de manejo, ritmos ecológicos y memorias se entrelazan. Por ello, insistimos en que su preservación no puede pensarse como la conservación de individuos animales o de un recurso genético en abstracto, sino como el cuidado de un conjunto relacional que incluye territorios, saberes y paisajes, es decir, *memorias y patrimonios multiespecie*.

Esta perspectiva se vuelve especialmente visible cuando retomamos la noción de posvidas. En el trabajo artístico de Vera, las cabezas de vacas y toros se transforman en piezas que prolongan la presencia de los animales más allá de su muerte. Estas obras incorporan elementos recogidos en la propia propiedad o en la región, como ramas, piedras, huesos, fibras, lana y semillas, reinscribiendo cada animal en la materialidad de su ambiente. No se trata únicamente de un gesto estético, sino de una forma de reinscribir la vida del animal en una ecología criolla, donde paisaje, historia y afecto permanecen estrechamente conectados.

Pero las posvidas del ganado criollo no se limitan a estas expresiones artísticas. Este ganado fue arrancado de otros continentes, reconstituido en el llamado “Nuevo Mundo”, entrelazado con nuevas ecologías y prácticas humanas; se mezcló, se reinventó, atravesó ciclos de abandono y casi desaparición, hasta ser finalmente recuperado y constituido como raza. A partir de esta trayectoria larga y accidentada se abren sus configuraciones contemporáneas, en las que la preservación de la raza se enlaza con prácticas de cuidado, economías situadas y formas de convivencia que rehúsan reducir la vida a índices de rendimiento.

Estas experiencias muestran que las posvidas de la *crioula lageana* no son meros residuos del pasado, sino aperturas hacia futuros posibles. En este sentido, el *patrimonio multiespecie* que proponemos no apunta a fijar una raza en el tiempo, sino a sostener las condiciones para que estos colectivos humanos y no humanos sigan produciendo mundos habitables, relacionales y diversos.

Referencias bibliográficas

- Arruda Filho, José Maria (1964). *Coisas do passado*. S/E.
- Assunção, Fernando (1963). *El gaucho*. Imprensa Nacional.
- Bell, Stephen (1998). *Campanha Gaúcha: a Brazilian ranching system, 1850-1920*. Stanford University Press.
- Bispo, Antônio. 2023. *A terra dá, a terra quer*. Ubu Editora.
- Bonifacio, Valentina (2023). Of feral and obedient cows: colonization as domestication in the Paraguayan Chaco. *Cultural Anthropology*, 38(1): 8-35. <https://doi.org/10.14506/ca38.1.02>
- Brasil. 2008. Ministério da Agricultura, Pecuária e Abastecimento. Portaria nº 1.048, de 31 de outubro de 2008. Reconhece a raça de bovinos denominada Crioula Lageana e a sua Variedade Mocha.
- Bruxel, Arnaldo Pe (1960). O gado na antiga Banda Oriental do Uruguai (Primeira Parte). *História*, 4(13), 5-97.
- Bruxel, Arnaldo Pe (1961). O gado na antiga Banda Oriental do Uruguai (Parte II, Cap. 5 e 6). *Pesquisas - História*, 5(14), 117-208.
- Camana, Ângela; Luz David, Marília; Ribeiro Duarte (2026). Editorial - Agronegócio, Ciência e Tecnologia. *Sociologias*, [S. l.], v. 28, n. 65, p. e151868. <https://doi.org/10.1590/1807-0337/e151868>
- Cardiel, José; González, Silvestre (1968). *Las vaquerías del mar*. Enciclopedia 5 Uruguay. Impresora Uruguay Colombino S.A.
- Cavalcanti, Maria Laura Viveiros de Castro (2019). A proteção Legal do Patrimônio Cultural Imaterial no Brasil. In Tomaso, Isabela; Gonçalves, Renata de Sá; Vassallo, Simone (Coord.), *A antropologia na esfera pública: patrimônios culturais e museus* (pp. 48-80). Editora Imprensa Universitária,
- Denis, Bernard; Eglin, Jean-Emmanuel (2013). Les races locales d'animaux domestiques: un élément peu connu du patrimoine. *Ethnozootechnie*, 94, 13-16. <https://www.pronatura-france.fr/?view=article&id=222:les-races-locales-d-animaux-domestiques&catid=65>
- Digard, Jean-Pierre (2005). La biodiversité domestique, une composante méconnue et négligée de la biodiversité animale. *Ethnozootechnie*, 94, 02-13.
- Domingues, Octávio (1961). *O gado nos trópicos*. Instituto de Zootecnia.
- Duarte, Jairo Roberto (2020). Origem dos bovinos ibéricos. In Martins, Vera Maria Villamil (ed.). *Crioulo Lageano: as qualidades de um rústico*. Autografia (ebook).
- Ferdinand, Malcolm (2022). *Uma ecologia decolonial: pensar a partir do mundo caribenho*. Ubu Editora.



- Fonseca, María Cecília Londres (2000). Referências culturais: base para novas políticas de patrimônio. En *Manual de aplicação do INRC* (pp. 111-120). Departamento de Documentação e Identificação. MinC/Iphan.
- Fonseca, María Cecília Londres (Coord.) (2001). Patrimônio imaterial. *Revista Tempo Brasileiro*, 147.
- Freitas, Décio (1980). *O capitalismo pastoril*. Escola Superior de Teologia São Lourenço de Brindes.
- Gonçalves, José Reginaldo Santos (2007). Entre o cosmético e o caótico: patrimônio, cultura e identidade no Brasil contemporâneo. In Lima Filho, Manuel Ferreira; Eckert, Cornelia; Beltrão, Jane (Coord.), *Antropologia e patrimônio cultural: diálogos e desafios contemporâneos* (pp. 235-254). ABA.
- Haraway, Donna (2008). *When Species Meet*. University of Minnesota Press.
- Isler, Ronald. (2023). *Tras las huellas del ganado en la provincia de Corrientes: de las Misiones Jesuíticas de Guaraníes a nuestros días*. Editorial de la Universidad Nacional del Nordeste EUDENE.
- Jaeger, Luiz Gonzaga Pe (1943). História da introdução do gado no Rio Grande do Sul - Cristóvão de Mendoza ou Manuel Gonçalves Ribeiro? *Revista do Instituto Histórico e Geográfico do Rio Grande do Sul*, II trimestre, 217-250.
- Kirksey, Eben; Helmreich, Stefan (2010). The emergence of multispecies ethnography. *Cultural Anthropology*, 25(4), 545-576. <https://doi.org/10.1111/j.1548-1360.2010.01069.x>
- Leal, Natacha Simei (2016). *Nome aos bois: zebu e zebuzeiros em uma pecuária brasileira de elite*. Hucitec.
- Mariante, Arthur; Cavalcante, Neusa (2000). *Animals of discovery: domestic breeds in the history of Brazil*. Embrapa.
- Martins, Vera Maria Villamil (2009). *Raça Crioula Lageana: o esteio do ontem, o labor do hoje e a oportunidade do amanhã*. ABCCL.
- Martins, Vera Maria Villamil; Martins, Edison (2020). Conversar para conservar. In Martins, Vera Maria Villamil (Coord.). *Crioulo Lageano: as qualidades de um rústico*. Autografia (ebook).
- Medrado, Joana (2016). A “guerra contra o zebu”: notas sobre o animal que dividiu as elites pecuaristas brasileiras. *RURIS*, 9(2), 270-302. <https://doi.org/10.53000/rr.v9i2.2306>
- Morand, Serge (2020). *L’homme, la faune sauvage et la peste: la colère d’un écologie de combat*. Fayard.
- Oliveira, Sebastião Francisco (1996). *Aurorescer das sesmarias serranas: história e genealogia*. Edições EST.
- Planchenault, Dominique (1999). La biodiversité dans les espèces domestiques. *Bulletin de l’Académie Vétérinaire de France*, 152(4), 413-418.
- Planchenault, Dominique; Avon, Laurent; Charvolin, Éléonore (2005). Les moyens de conservation de la diversité génétique des races: entre conservation in situ et conservation ex situ. *Ethnozootechnie*, 76, 111-120.
- Pompeia, Caio (2021). *Formação política do agronegócio*. Editora Elefante.
- Porto, Aurélio (1952). História do gado no Brasil (1500-1800). Originais Inéditos. *Revista do Museu Júlio de Castilho e Arquivo Histórico e Geográfico do Rio Grande do Sul*, 1(1), 436-480.



- Porto, Aurélio (1954). *História das Missões Orientais do Uruguai (Primeira Parte)*. Livraria Selbach.
- Primo, Armando Teixeira (2004). *América: conquista e colonização*. Movimento.
- Rapchan, Eliane; Neves, Walter (2017). Ser ou não ser: poderia um chimpanzé fazer a pergunta de Hamlet?. *Horizontes Antropológicos*, 23(48), 303-333. <https://doi.org/10.1590/S0104-71832017000200013>
- Rech, Alessandra (2025). *O gado Franqueiro do Rio Grande do Sul: cartografia afetiva*. Editora São Miguel.
- Schuch, Cristiane Fortkamp (2024). Patas de boi nos rastros da conservação: tecnologia e preservação dos campos no desenvolvimento da genética bovina catarinense. [Tesis doctoral]. Programa de Pós-Graduação em História. Florianópolis: Universidade Federal de Santa Catarina.
- Segata, Jean; Caetano Sordi; Juliara Borges Segata y Bernardo Lewgoy (2021). Ungesunde ökologien, prekäre arbeit und pandemie in der globalisierten fleischindustrie im Süden Brasiliens. *PERIPHERIE – Politik, Ökonomie, Kultur*, 164 (3), 386-404. <https://doi.org/10.3224/peripherie.v41i4.02>
- Segata, Jean (2024a, 12-15 Julio). La carne del Pampa: el agronegocio y las transformaciones del paisaje bovino en los campos del sur de Brasil [Presentación de la ponencia]. Latin American Studies Association -LASA Congress 2024. <https://lasaweb.org/pt/lasa2024/>
- Segata, Jean (2024b, November, 11-15). The Pampa Beef: new cow-formation in Southern Brazil [Presentation de la ponencia]. World Anthropological Union - WAU Congress, Johannesburg. <https://waucongress.org/2024/>
- Segata, Jean (2025a). O gado Franqueiro, um patrimônio multiespécie. In Constantin, André; Herrera, André (Ed.), *Aparados da Serra: diálogos da paisagem* (pp. 44-50). Instituto Vento.
- Segata, Jean (2025b). Governar com o gado na Era Digital: genética, algoritmos e futuros pecuários. *Revista Contrapontos*, 25(1), 241-249.
- Slatta, Richard W. (1992). *Gauchos and the Vanishing Frontier*. University of Nebraska Press.
- Tamaso, Izabela María; Lima Filho, Manuel Ferreira (Coord.) (2012). *Antropologia e Patrimônio Cultural: trajetórias e conceitos*. Associação Brasileira de Antropologia.
- Tsing, Anna Lowenhaupt (2015). *The mushroom at the end of the world: on the possibility of life in capitalist ruins*. Princeton University Press.
- van Dooren, Thom (2016). *Flight ways: life and loss at the edge of extinction*. Columbia University Press.
- van Dooren, Thom; Chrulew, Matthew; Oakey, Marion; Widin, Sally; Rooke, Daniel (2025.) Animal cultures at the edge of extinction. *Theory, Culture & Society*, 42(2): 3-23. <https://doi.org/10.1177/02632764241280346>
- Wallace, Rob (2016). *Big farms make big flu: dispatches on Influenza, agribusiness, and the nature of science*. Monthly Review Press.
- Wallace, Rob (2021). In *Dead epidemiologists: on the origins of COVID-19*. Monthly Review Press



Leyes consultadas

- Ministério da Agricultura, Pecuária e Abastecimento - Brasil (2008). Portaria nº 1.048, de 31 de outubro de 2008. Reconhece a raça de bovinos denominada Crioula Lageana e a sua Variedade Mocha. https://www.normasbrasil.com.br/norma/portaria-1048-2008_210128.html

Jean Segata

<https://orcid.org/0000-0002-2544-0745>

jeansegata@gmail.com

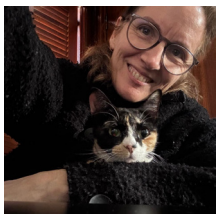


Es antropólogo social brasileño, graduado en Psicología por la Universidade para o Desenvolvimento do Alto Vale do Itajaí (UNIDAVI), con maestría y doctorado en Antropología Social por la Universidade Federal de Santa Catarina (UFSC). Se desempeña como profesor del Departamento de Antropología de la Universidade Federal do Rio Grande do Sul (UFRGS), donde actúa en los programas de posgrado en Antropología Social y en Psicología Social e Institucional. Es investigador del Conselho Nacional de Desenvolvimento Científico e Tecnológico (CNPq). Su trayectoria combina investigación, docencia y cooperación académica internacional. Ha desarrollado actividades como investigador visitante y posdoctoral en instituciones de Brasil, Argentina, Estados Unidos, Reino Unido, Italia y Portugal, incluyendo la Brown University, la Harvard School of Public Health, la University College London, la Università Ca' Foscari Venezia y el Instituto de Ciências Sociais de la Universidade de Lisboa. Estas experiencias han contribuido a consolidar una agenda de investigación situada en el cruce entre antropología, salud, ambiente, alimentación, relaciones humano-animal y tecnologías digitales. Actualmente coordina el Núcleo de Antropologia Multiespécie (NAM) y la Rede Covid-19 Humanidades MCTI, ambos vinculados al Programa de Pós-Graduação em Antropologia Social de la UFRGS. Sus trabajos se inscriben en el campo de la antropología multiespecie y de la antropología crítica de la salud, con especial atención a las formas en que humanos, animales, ambientes, infraestructuras y dispositivos técnicos participan en la producción de la vida social.

María Cristina Yunes

<https://orcid.org/0000-0002-3815-4086>

mariacristina.yunes@unive.it



Es bióloga, con maestría y doctorado en Agroecosistemas, con especialización en comportamiento y bienestar de animales de granja. Inició su trayectoria académica investigando el comportamiento de bufalinos y bovinos, con énfasis en el comportamiento materno y en las relaciones humano-animal. Durante su doctorado, amplió su campo de investigación hacia las percepciones sociales sobre la producción animal, estudiando cómo distintos sectores de la sociedad evalúan y construyen opiniones acerca del trato otorgado a los animales en los sistemas productivos. Su trabajo se sitúa en la intersección entre las ciencias animales, la etología y los estudios sociales de la agricultura. Actualmente se desempeña en el área de certificación de bienestar animal, realizando auditorías y evaluaciones de sistemas de producción pecuaria en distintos países para garantizar condiciones adecuadas de salud y bienestar para los animales de granja. Asimismo, realiza un posdoctorado en la Universidad Ca' Foscari de Venecia, como parte del proyecto CowDom, donde investiga las relaciones entre humanos y bovinos, con especial interés en las dimensiones sociales, éticas y políticas del bienestar animal y de los sistemas ganaderos contemporáneos.

